

Fricciones del habitar

Martín Tironi

En un mundo ultrasaturado de imágenes cada vez más instantáneas y omnipresentes, ¿qué sentido tiene volver sobre la fotografía como mecanismo de secuestro de la experiencia? ¿Por qué confeccionar un diario visual cuando actualmente la imagen digital atraviesa, invade y circula por todos los ámbitos de nuestras vidas? O, de otra forma, ¿por qué construir un relato con imágenes si actualmente estas se generan de manera casi automatizada a través del *smartphone* que llevamos con nosotros en todo momento y capturan cada uno de nuestros movimientos? Si la producción de imágenes se convierte en el motor ineludible de la sociabilidad digital, donde todo fragmento de vida es compartido en *selfies* y plataformas, ¿qué rol puede tener hoy la producción fotográfica como promesa de resonancia y exploración del mundo?

Es lo que hay, el diario visual de Justine Graham, surge como un antídoto o forma de resistencia ante esta banalización de las imágenes en la era de la digitalización y desmaterialización datificada. El libro rematerializa el status de la imagen, devolviéndole un espesor ontológico y crítico, su capacidad para intensificar lo real. En lo que sigue quiero proponer tres claves analíticas para leer el trabajo de Graham, vinculadas a las operaciones de provocar, corresponder y friccionar.

Provocar

En una lectura apurada del diario visual de Justine Graham, podría pensarse que se trata de un trabajo que busca retratar las transformaciones socioculturales de Chile en la última década. Al abordar variados tópicos y rasgos de la realidad nacional (paisaje, política, comida, socialización, salud, consumo, medioambiente, etc.), es fácil pretender circunscribir este volumen a la categoría de “libros de fotografías sobre Chile”. Sin embargo, la naturaleza de este trabajo excede y desborda esa categoría. Más que reflejar una realidad “allí afuera”, es un ejercicio abiertamente experimental, donde la autora explota al máximo las capacidades del lenguaje fotográfico para *intervenir* la realidad que busca escudriñar. No se trata de un libro *sobre* Chile ni muestra algo así como una “chilenidad”; más bien tantea diferentes repertorios para generar una suerte de calidoscopio de miradas sobre un Chile que no se deja reducir ni domesticar a categorías unívocas ni fijas.

Dicho de otra manera, el principal valor de la investigación de Graham no reside en su operación representacional, esto es, en capturar de manera fiel y precisa la realidad. Por el contrario, la potencia de este trabajo reside en su invitación a intervenir la realidad por medio de ejercicios de experimentación fotográfica, construyendo escenarios donde convergen apegos y fricciones, deseos y fracturas, cuerpos e ideologías, conceptos y lugares que conforman la experiencia de la autora. Las escenas que componen este libro no

son una simple prolongación de lo ya existente, sino que cada fotografía es un encuentro, un diseño activo para habilitar que una cierta realidad tome forma y se manifieste. En esta exploración experimental subyace una premisa que articula el proyecto estético e intelectual de este libro. Y es que el acto de fotografiar nunca emerge en este recorrido visual como un instrumento neutro y pasivo, como una herramienta que traduce simplemente escenas de lo real. La acción de fotografiar movilizadora por Graham reconoce, de manera radical, que eso que denominamos “real” nunca habla por sí mismo, nunca se dejar capturar ni registrar de una vez y para siempre. Aquí el encuentro con lo “real” es el producto del trabajo de traducción y escritura visual, trabajo que crea imágenes que desafían y desbaratan los parámetros convencionales. Esta aproximación, que voy a llamar de provocación de la realidad, se despliega con diferentes técnicas visuales y conceptos, que van desde el uso explícito de filtros a la superposición de elementos, composiciones, collages abstractos, etcétera.

La serie “Socialización” es particularmente elocuente en esta aproximación de provocación. Graham decide escenificar dentro del encuadre no solo cables que participaron en la manufacturación de la situación fotográfica, sino también su propio cuerpo. En las imágenes se hace visible el cable disparador, volviendo a la autora una cómplice, confabuladora de la creación de la escena. Se hace explícito que el trabajo fotográfico no descubre una realidad prístina y pasiva, sino que la inventa y provoca a partir de los elementos que entran en juego. Esta acción no solo destierra la sacrosanta idea de objetividad del registro técnico, también revela el carácter ficcional, híbrido y contaminado de toda captura de la realidad, alejándose de una mirada fotogénica. Este gesto se convierte en un poderoso recordatorio visual de la “sala de máquinas” que hay detrás del proceso fotográfico, y hace evidente esa amplia red de elementos humanos y no humanos que participa en su fabricación, donde el ojo y juicio humanos son un agente más de un ensamblaje complejo de interdependencias.

Corresponder

A partir de esta premisa surge otra clave analítica para interpretar la propuesta de Graham. Tiene que ver con el concepto de *residencia*, que está presente en el título de la obra. Me parece que esta idea marca el carácter profundamente situado y corporizado del recorrido que se ofrece. El libro, antes que todo, debe entenderse como una reflexión situada respecto de la relación que la fotógrafa ha establecido en y con el territorio donde reside, entrelazado por diferentes elementos biográficos, políticos, sociales y profesionales. Los fragmentos de realidad que decide fotografiar no representan la realidad de Chile, sino un *cosmograma* subjetivo y fragmentado. Es una manera silenciosa y desesperada de dar sentido a la experiencia de *corresponder* con un entorno extranjero.

Para el antropólogo inglés Tim Ingold la práctica de corresponder constituye el estado ontológico primario de las personas con el mundo. Al contrario de la idea de un entorno separado, externo y preexistente que nos rodea, Ingold entiende la correspondencia como un diálogo y una co-evolución con el mundo. Corresponder significa responder a lo que está siendo habitado, vivido y percibido. En sus palabras, la correspondencia “es el proceso

por el cual seres o cosas literalmente responden unos a otros a lo largo del tiempo, por ejemplo, en el intercambio de letras o palabras en una conversación, o de obsequios, o incluso en dar las manos”.¹ Así, los humanos no solamente somos diseñados por el territorio que residimos y habitamos, también nosotros lo configuramos y respondemos activamente a través de nuestras prácticas, relaciones y afectos. El entorno, entonces, no es algo al margen de la experiencia de los sentidos y de crear sentido, sino que se desprende de ella y, al mismo tiempo, la constituye.

En esta misma línea, podría decirse que cada serie de fotografías de las que componen este libro ofrece una perspectiva particular de esta *correspondencia* entre Graham y el territorio donde reside. Lo que se pone de relieve en este recorrido no se puede reducir a una relación entre una espectadora extranjera y un escenario cambiante, y más bien se vislumbran diferentes formas de corresponder, de tensionar y comprender la experiencia de habitar, las que anudan una trama narrativa siempre en devenir. De esta manera, no solamente identificamos aquellos rasgos y transformaciones de la sociedad chilena que han llamado la atención de la autora (el trabajo doméstico en el sector oriente de Santiago, la exacerbación del consumo y la expansión inmobiliaria, nuevos ciclos políticos y estilos de vida, etc.) sino también las formas en que esta sociedad ha modificado la subjetividad, los modos de ser, habitar y mirar de la propia autora.

Un ejemplo de este ejercicio es la serie sobre el trabajo doméstico en el sector oriente de Santiago. Este relato no solo materializa y visibiliza las múltiples labores que realizan mujeres para sostener los cuidados y los hogares de las familias adineradas de la capital – regar jardines, recibir las compras, limpiar, pasear a los niños y las mascotas, acompañar a las dueñas de casa, etc.–, también muestra cierta incomodidad por la segregación social que atraviesa la cotidianidad de la autora y configura la vida social de la capital. El tipo de conocimiento que se deja entrever en las imágenes sobre el fenómeno de las empleadas domésticas o nanas, como se las llama en Chile, es evidentemente situado, arraigado en contextos sociales y geográficos específicos. Si bien desconocemos el significado que cada una de las mujeres fotografiadas le otorga al trabajo doméstico, el relato visual que construye Graham permite reflexionar no solo sobre los profundos problemas de segregación socioespacial que persisten y enmarcan esta labor, sino también sobre la relación de dependencia emocional y material que desarrolla la elite santiaguina con estas mujeres para mantener a sus familias, mujeres que en muchos casos viven en la residencia de los empleadores.

Friccionar

¿La selección de temas que organiza este diario visual responde únicamente al portafolio fotográfico de Graham en su estadía en Chile? ¿Cómo calificar el género y la tipología de fotos que se presentan en este trabajo? No es osado señalar que se trata de una experimentación visual radicalmente híbrida, donde los temas abordados ayudan a definir y

¹Tim Ingold (2016). “On human correspondence”. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 23 (1), 9-27

(re)construir el espacio geográfico, social y afectivo de la autora, dándole una presencia – por no decir agencia– a ciertos rasgos y cambios, exteriores e interiores, de la sociedad chilena.

El libro, entonces, da cuenta de una particular curatoría del mundo. Es una cartografía íntima de las fricciones de la autora con el territorio chileno. Si bien no hay un hilo conductor explícito - y se pasa de imágenes de verduras suspendidas a escenas en malls e imágenes de condominios habitacionales - si podemos hablar de una operación de territorialización, donde diferentes dimensiones del territorio son puestas en relación y fricción. Pero este repertorio de fricciones no debe ser leído bajo una perspectiva agonística, puesto que adopta un carácter *generativo* al permitir que surjan las relaciones y conexiones, apropiaciones y reinterpretaciones necesarias para articular un territorio. Es importante señalar que esta idea de cartografía íntima se aleja de la idea tradicional de mapa y su definición administrativa y política. Los ejercicios fotográficos de *Es lo que hay* se acercan más a un territorio antropológico, incluso especulativo, donde reconocemos un conjunto de escalas, intensidades e interacciones que entretejen un Chile imaginado y vivido. Las imágenes que estructuran el volumen tienen el mérito de mostrar justamente un territorio irreductible a un perímetro geográfico, y más bien diagraman un territorio practicado, transitado y tensionado por la mirada de Graham. Un territorio no es solamente es habitado, sino también atravesado por intensidades, ritmos, imaginarios, procesos, políticas que la autora busca explorar.

Si, como dice Barthes en *La cámara lúcida*, “toda fotografía es un certificado de presencia”, este libro funciona como bitácora visual de un viaje con la alteridad, y al mismo tiempo es una inmersión en espacios de encuentro y fricciones con un Chile zigzagueante, sometido a profundas y desiguales transformaciones. El trabajo de Graham se abre al encuentro de estas fricciones que han marcado su residencia, pero en este mismo movimiento de ir al encuentro participa de la constitución de un territorio siempre inconcluso, haciendo disponible confabulaciones, veleidades y análisis de su experiencia como residente del fin del mundo.